



III Sínodo Arquidiocesano de Paraná Memoria, Presencia y Profecía

“En el contexto de la Nueva Evangelización, la parroquia al servicio de una vida plena para todos”

Instrumento de Trabajo para la cuestión

Corresponsabilidad de los miembros de la comunidad en la renovación misionera de la parroquia

Índice

1- Introducción

2- Renovación misionera

- a- Destinados a dar frutos duraderos
- b- Sentir común acerca de la renovación misionera en las parroquias
- c- Apreciaciones generales acerca de la renovación misionera
- d- Sobre los laicos
- e- Sobre los sacerdotes
- f- Dificultades eclesiales manifestadas

3- Comunidad de fieles

- a- Expectativas comunes
- b- Se visualizan algunos temores
- c- Interrogantes

4- Miembros de la comunidad de fieles y su papel

- a- Diversas miradas ante la realidad parroquial

5- Corresponsabilidad de los miembros de la comunidad en la renovación misionera de la parroquia

- a- Hacia el reencuentro con el Amor primero para ser Iglesia en salida
- b- Una misión gozosamente compartida
- c- Expectativas comunes
- d- Dificultades o sombras
- e- Aciertos o luces
- f- Interrogantes

6- Conclusión



1- Introducción

En la incommensurable bondad de Dios, quien “dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman, de aquellos que él llamó según su designio”.¹, y con la gozosa conciencia de sabernos hijos de un mismo Padre y hermanos todos en la fe, queremos comenzar a estudiar la primera de las cuestiones que se tratará en el tercer Sínodo Arquidiocesano de Paraná. Para este fin, debemos tener presente el tema de fondo que nos inspira: *“En el contexto de la nueva evangelización, la parroquia al servicio de una vida plena para todos”*.

Animados por el mismo Espíritu, que ha sostenido a la Iglesia durante más de dos mil años, todos nos sentimos llamados a asumir un **antiguo y siempre nuevo llamado** a seguir a Cristo más de cerca, con la certeza de saber en quién hemos puesto nuestra confianza.

La misión de la Iglesia no ha cambiado; su razón de ser es mostrar a todos los hombres el Rostro del Hijo, Redentor de toda la humanidad. Su identidad es ser una con el querer de Cristo, quien desea que todos se salven. Por eso, este Sínodo invita al Pueblo de Dios a revisar sus pasos, a reconocer con humildad los tropiezos y a fortalecer las líneas de acción fundadas en el amor y la misericordia.

La intencionalidad de este documento ha de ser reavivar el ardor misionero en cada miembro de la Iglesia, a la luz de la acción vivificante del Espíritu y de las palabras de Jesús en el Evangelio, para aportarle a la sal de la Iglesia un nuevo sabor que sea capaz de reanimar a toda la creación, conscientes de que lo que para el hombre es imposible, no lo es para Dios.

El objetivo de esta primera asamblea es encontrar los criterios que animen la acción, en general. Para ello, queremos profundizar en cuatro aspectos, a saber:

1. **Renovación misionera**
2. **Comunidad de fieles**
3. **Miembros de dicha comunidad y papel de los mismos**
4. **Corresponsabilidad**

Esperamos que el presente documento de trabajo sirva para una conveniente reflexión comunitaria, teniendo en cuenta los aportes de los abundantes trabajos presentados y nuestra propia elaboración personal.

Nuestro Arzobispo nos decía en la Misa inaugural, el día de Pentecostés:

“En esta actualización de Pentecostés, damos comienzo al III Sínodo Arquidiocesano...”

*Nos apremia **la Nueva Evangelización**, la cual no es un programa o estrategia que se agrega a su pastoral ordinaria. Es la misma vida de la Iglesia que continúa y actualiza el mandato de Jesús: “Vayan y anuncien el Evangelio” (Mt, 28)*

Pero tenemos que recordar, para que podamos cumplir este mandato, que todos los bautizados estamos llamados a “recomenzar desde Cristo”, a reconocer y seguir Su presencia con la misma realidad y novedad y el mismo poder de persuasión y esperanza que tuvieron los Apóstoles, a

¹ Cf Rom 8,28



orillas del Jordán hace 2000 años... Para que sea eficaz nuestro compromiso de discípulo-misionero, éste debe partir de un corazón que cree, espera y ama; un corazón que adora a Cristo y cree en la fuerza del Espíritu Santo.

Memoria, presencia y profecía: ése es el lema de este acontecimiento eclesial. Mientras se enmarca en el centenario del primer Sínodo, quiere ser una 'mirada' actualizada del caminar de la Iglesia Arquidiocesana hoy y, a su vez, una proyección hacia adelante, procurando hacerla más lúcida, más disponible, más cercana, en continuidad con el pedido del Papa argentino.

Hemos elegido la parroquia como tema central... Hay que pensarla como una comunidad que forme discípulos misioneros de Cristo, desde un encuentro personal con Él y con una fuerte experiencia de "envío". Pensar una parroquia que en todas sus actividades pastorales se organice "en salida"...

Por este motivo, he convocado el Sínodo de la Arquidiócesis de Paraná: buscar una más intensa y activa **comunión eclesial** a través de propuestas para una adecuada **pastoral de conjunto** en el contexto de la **Nueva Evangelización**, dando continuidad a su **peculiar tradición**.

El Espíritu santo es el que sostiene e inspira a la Iglesia y es el protagonista de la evangelización. Él suscita el nuevo ardor. Nosotros debemos ser dóciles instrumentos..."

Estas lúcidas palabras de nuestro Arzobispo nos ponen, de manera adecuada, frente a la tarea para la cual la Iglesia hoy nos convoca: repensar nuestra Vocación y Misión en el corazón de nuestra vida eclesial, en la Comunidad Parroquial.

Vamos a comenzar a desarrollar el primero de los aspectos que queremos reflexionar.



2- Renovación misionera

“Los once discípulos fueron a Galilea, a la montaña donde Jesús los había citado. Al verlo, se postraron delante de Él; sin embargo, algunos todavía dudaron. Acercándose, Jesús les dijo: «Yo he recibido todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Y yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo”.
(Mt 28, 16 -20)

a- Destinados a dar frutos duraderos

Llamados a reflexionar y trabajar en pos de la ‘Corresponsabilidad de los miembros de la comunidad en la renovación misionera de la parroquia’, resuenan en nuestro interior las palabras de Jesús: *“Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos...”* (Mt 28, 16 -20) y la fuerza intrínseca para toda renovación que esconden estos versículos: *“Miren cómo se aman”*; *“La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma”* (Hch 2,42-47)

¿Cómo llevar a cabo hoy, con la realidad que nuestras parroquias viven, con las características particulares que cada una posee, este imperativo?

La respuesta a este interrogante surge de una convicción: *“no hay una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo; pero sí una Persona, Jesucristo, y la certeza que ella nos infunde: “Yo estoy con vosotros”. No se trata pues de inventar un programa. El programa ya existe: el Evangelio y la Tradición viva. El programa se centra en Él, a quien debemos conocer, amar e imitar”.*² Estas palabras proclamadas al comienzo del nuevo milenio son una pista segura para afrontar este desafío.

*Se trata de “confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros. Depende (...) de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos del Señor y misioneros de su Reino (...)”.*³

Sin lugar a dudas, tenemos que aventurarnos a salir de nosotros mismos, de nuestras comodidades, seguridades y certezas, para ir al encuentro de aquel que Jesús me pone en el camino, en cada momento, en cada presente; *“acogiendo y amando con amor preferencial a los pobres”.*⁴ No hay otro medio más eficaz para renovar la acción misionera de nuestras parroquias que la vida coherente de los fieles: *“En esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos: en el amor que*

² JUAN PABLO II, Carta Ap. *Novo Millennio Ineunte*, (2000), 28.

³ V Conferencia General Del Episcopado Latinoamericano Y Del Caribe, *Documento de Aparecida* (29 junio 2007), 11 (http://www.celam.org/conferencia_aparecida)

⁴ *Ibid.*, (2007), 161.



se tengan los unos a los otros". (Jn 13, 35) Discernir las acciones concretas de misión será una consecuencia lógica, al hacer vida el **mandamiento nuevo** de Jesús.

Los miembros de la Iglesia estamos llamados a construir una comunidad parroquial que se renueva ante la imperiosa necesidad de entregar a Dios al mundo, a imagen de Jesús de Nazaret, es decir, tomando la iniciativa, no esperando que sea el otro el que haga, el que "primere". Puede verse con claridad en los trabajos de los grupos de estudio, la convicción de que los cambios que se esperan no responden, meramente, a una cuestión organizativa, a estructuras o programas, sino más bien, a la verdadera conversión de los fieles y de los pastores para ser pueblo de Dios, cuerpo de Cristo. El desafío es dejar que cada uno cumpla su misión y vocación: los laicos, participando en los ámbitos que le son propios, sabiéndose y sintiéndose corresponsables en la vida de la comunidad; y los sacerdotes y religiosos, reconociendo y viviendo su propia vocación, para ejercer el ministerio en el servicio, al modo del Buen Pastor.

Chiara Lubich viene a iluminarnos diciendo que "si Dios no nos hubiera amado primero y no nos amara con amor eterno, nunca seríamos capaces de amar a los demás". Éste debe ser el impulso de nuestra acción misionera: sabernos amados para salir a las periferias de nuestras vidas, de nuestras comunidades, con un amor siempre nuevo, fresco, creativo, rico de inventiva, no repetitivo, esquemático, aburrido, con miras a "abandonar el cómodo criterio pastoral del 'siempre se ha hecho así'"⁵. Desde esta perspectiva, se nos impulsa a ser audaces en la tarea de repensar objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades, para que toda iniciativa misionera no caiga en una mera fantasía.

*"[...] Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma, de que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad"*⁶. Nuestro Papa, citando a Juan Pablo II, pone de relieve que *"toda renovación en el seno de la Iglesia, debe tender a la misión como objetivo para no caer presa de una especie de introversión eclesial"*.

Reafirmamos así, el anhelo de una pastoral de conversión, de una pastoral renovada y 'en salida', con lineamientos claros y consensuados. Sacerdotes, consagrados y laicos, movimientos e instituciones, en sintonía con los signos de los tiempos, abiertos a una profunda escucha de la voz del Santo Espíritu, para encaminar, con la gracia de Dios, una opción misionera de la que todos nos sintamos responsables.

Subrayamos que todo camino pastoral es el de la santidad. Mutilaríamos la integridad del mensaje evangélico si no dijéramos que Cristo murió y resucitó, para que seamos santos como Él y lleguemos al Padre. Que nuestra responsabilidad mutua y compromiso misionero, sea la de hacernos santos haciendo santos a los otros. A este respecto, Chiara Lubich sostiene que "una persona que tiene el alma dirigida hacia Dios será siempre fuego y los demás no pasarán en vano a su lado sino que, atraídos, estarán en la disposición de amar". La parroquia ha de ser el lugar, entonces, donde nutrimos y alimentamos esa llama, personal y comunitaria: Palabra y Eucaristía, vida de familia a imagen de la Trinidad.

En este nuevo recorrido que hacemos juntos, miremos a María, la Madre. Ella es la Madre del Creador y, sin embargo, no se conoce nada de su apostolado entre sus contemporáneos. Sólo hizo la

⁵ FRANCISCO, Exhort. ap. *Evangelii Gaudium*, (diciembre de 2013), 33

⁶ CONC. ECUM. VAT. II, 24



voluntad de Dios: amó a Jesús y asistió a los apóstoles. A imagen de ella, amemos a Jesús con toda nuestra mente, alma y corazón para darlo al mundo a través de nuestras obras.

El Instrumentum Laboris *La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, realizado por los Obispos en Roma, nos indica que la Nueva Evangelización “es la capacidad, de parte de la Iglesia, de vivir en modo renovado la propia experiencia comunitaria de la fe y del anuncio dentro de las nuevas situaciones culturales que se han creado en estas últimas décadas”.⁷

Este ‘vivir en modo renovado’ conlleva una decidida escucha a la voz del Espíritu Santo. Es Él quien nos manifiesta a través de signos, personas, situaciones cuáles son esos caminos que debemos recorrer para llevar a Jesús de manera nueva y auténtica, conforme a la Voluntad del Padre.

Volvamos al Cenáculo: hagamos esta fuerte experiencia como Iglesia particular, de ‘volver al Cenáculo’. Allí no había eruditos, ni estudiosos de las Escrituras y leyes; allí estaban los pescadores que sabían su humilde oficio y una Madre - esposa que conocía de quehaceres domésticos. A ellos les bastó la docilidad al Espíritu, les bastó su fuerza para encontrar este modo ‘renovado’ de ir por el mundo anunciando el Evangelio. Les bastó este impulso, para comprender qué significa vivir en comunidad y cómo esta experiencia puede ser el acto de mayor misión si, por el vínculo del Amor, Jesús está en medio.

Bello desafío, no utópico: que nuestras parroquias, comunidades, sean como aquel Cenáculo, pero ya no con puertas cerradas, por temor, sino abiertas a la misión por la presencia de Cristo, por el sople del Espíritu, con la protección de aquélla, que siendo servidora, es Sede de la Sabiduría.

b- Sentir común acerca de la renovación misionera en las parroquias

“En el ejercicio de la unidad querida por Jesús, los hombres y mujeres de nuestro tiempo se sienten convocados y recorren la hermosa aventura de la fe”⁸

Hacemos nuestras estas palabras de los Obispos reunidos en Aparecida y, unidos como miembros de la Arquidiócesis de Paraná con el deseo profundo de crecer como una sola familia en misión, recorriendo juntos este designio de amor de Dios para con nosotros, como lo es el sínodo, manifestamos la riqueza volcada en los trabajos de los grupos de estudio y aquellas reflexiones que se presentan, como un requerimiento de este pueblo peregrino en la fe.

Ante una realidad que busca ocultar a Dios de la vista de los hombres, surge como imperiosa necesidad un programa de renovación misionera que formule orientaciones pastorales más concretas, claras y adecuadas a las condiciones de cada comunidad. Lineamientos consensuados, que permitan a los diversos grupos, asociaciones, movimientos, personas y familias de la comunidad que conviven en la parroquia, concretar espacios de diálogo, no sólo para programar acciones concretas, sino para aprender a escucharnos, conocernos y, así, obrar juntos.

⁷ Instrumentum Laboris Sínodo de los Obispos 2012: Tiempo de nueva evangelización, 47 (http://www.vatican.va/roman_curia/synod/documents/rc_synod_doc_20120619_instrumentum-xiii_sp.html#Segundo_cap%C3%ADtulo)

⁸ CELAM, Doc. de Aparecida, (29 junio 2007), 159



También se hace necesario aprender también a 'perder' por amor, ideas propias, espacios seguros donde hasta ahora nos movíamos individualmente aun siendo grupo, para recibir del Padre el céntuplo: construir la comunidad que es igual a familia parroquial. En otras palabras, una comunidad = familia = misión, donde la 'común unión' entre los fieles y pastores, haga posible la presencia de Cristo entre ellos, para que Él atraiga a todos hacia sí.

El encuentro y la comunión entre miembros, no sólo de la misma sino de distintas parroquias, preferentemente del mismo decanato, se ve como la posibilidad de vivir la realidad de una familia más amplia que manifiesta la necesaria apertura para pensar, según el contexto, posibles acciones de misión conjunta.

c- Apreciaciones generales acerca de la renovación misionera

- ❖ La misión tiene que comenzar desde adentro, desde los miembros activos de la comunidad.
- ❖ Si una comunidad es cerrada y quedada en el tiempo, la misión que intente será fallida.
- ❖ La Iglesia debe caminar entre la gente.
- ❖ Es fundamental para la nueva Evangelización, el testimonio de vida más que las palabras.
- ❖ Es necesario asumir la propia vocación e identidad como miembro vivo y activo del Cuerpo Místico.
- ❖ La parroquia lleva a hombre el anuncio: 'Dios te ama'. Este anuncio debe comenzar a manera de ensayo en la familia parroquial, amando a cada uno con un corazón de madre. Frente a un amor verdadero, nadie puede resistirse.
- ❖ Misionar como Iglesia es tener una mirada de misericordia hacia aquellos hermanos que llegan a nuestras parroquias con historias de vida complejas o han sido decepcionados o heridos por ella; historias que responden a las características de la sociedad de hoy. Acoger, recibir, escuchar; no prejuzgar ni condenar.
- ❖ La parroquia de rostro misionero no es sólo aquella que está guiada por un párroco renovado, sino sobre todo, la que mantiene sus puertas abiertas, facilita la escucha y el encuentro con la palabra de Dios, promueve el diálogo interreligioso y ecuménico, escucha y comprende a la sociedad en donde se encuentra, se hace accesible y acogedora; un espacio donde se valida y valora al otro.



- ❖ Decidírnos a aprender a caminar juntos, a valorarnos recíprocamente como diferentes. Donarnos y recibir el aporte de otros, para que surja un 'nosotros' que sea inclusivo, con intercambio de experiencias personales, observando errores y aciertos que permitan transformar la realidad personal y comunitaria.
- ❖ Cada parroquia ha de renovarse en orden a aprovechar la totalidad de sus potencialidades pastorales para llegar, efectivamente, a cuantos le están encomendados. Con sus organismos e instituciones, ha de asumir un estado permanente de misión, en primer lugar dentro de su propio territorio, dado que la parroquia es para todos los que integran su jurisdicción, tanto para los ya bautizados como para los que todavía ignoran a Jesucristo, lo rechazan o prescinden de Él en sus vidas.
- ❖ La primera actividad pastoral de un cristiano es la concurrencia y participación de la liturgia en concordancia con un estilo de vida.
- ❖ La tarea no es conquistar. La tarea es ser testigos, discípulos misioneros, apóstoles.
- ❖ Se hace imperativo erradicar la concepción de que la misión parroquial que se hace en verano cubre toda la dimensión de la palabra 'misión'. Con esta acción (muy valiosa y reconocida), se descansa en la falsa noción de que la misión parroquial ya ha sido cumplida.
- ❖ Existe una búsqueda de Dios que se percibe en las manifestaciones de piedad popular. Estos momentos deben aprovecharse como un momento fuerte de irradiación de la Buena Nueva.
- ❖ No hay misión sin oración. La educación en la oración debe convertirse, de alguna manera, en un punto determinante en toda programación pastoral.

d- Sobre los laicos

“Es absolutamente necesario que cada fiel laico tenga siempre una viva conciencia de ser un miembro de la Iglesia, a quien se le ha confiado una tarea original, insustituible e indelegable, que debe llevar a cabo para bien de todos.”⁹

La esperanza de Dios se concretiza, toma forma, se hace visible para el mundo, en el testimonio de vida de cada fiel laico.

⁹ JUAN PABLO II, Exhort. ap. postsinodal *Christifideles Laici* (30 diciembre de 1998), 28



Esta 'conciencia de ser miembros de la Iglesia', debe ser acrecentada con la convicción de que el Padre nos ha elegido a cada uno y en comunidad para que, con la coherencia de vida, nos hagamos mutuamente santos y lleguemos juntos al Cielo.

Frente a Jesús, que ha dado su vida por nosotros, lejos debe estar la idea de que un miembro de la Iglesia actúe por obligación, compromiso o cumplimiento de preceptos. Los laicos, sabiéndose amados por Cristo, no pueden más que actuar sólo por amor. De nada servirán grandes o pequeñas obras de misión, si no es el amor a Cristo lo que las mueve. Ya no más fieles laicos que trabajen en las parroquias para mantener un status u obtener un reconocimiento público; sí, fieles laicos que encarnen a María con su entrega totalitaria y fecunda.

En cuanto al rol misionero de los laicos, la actividad evangelizadora que les compete enfrenta su mayor desafío en el mundo del trabajo, la cultura, las ciencias y las artes, la política, los medios de comunicación y la economía, así como los ámbitos de la familia, la educación, la vida profesional y, sobre todo, en los contextos donde la Iglesia se hace presente solamente a través de ellos.

La riqueza de las experiencias de los laicos, en comunión con la de los presbíteros, es el punto de partida para delinear acciones pastorales en la comunidad.

e- Sobre los sacerdotes

“Apacienten el rebaño de Dios, que les ha sido confiado; velen por él, no forzada, sino espontáneamente, como lo quiere Dios; no por un interés mezquino, sino con abnegación; no pretendiendo dominar a los que les han sido encomendados, sino siendo de corazón ejemplo para el rebaño” (1Ped 5, 1-3)

Como en un testamento, Pedro delinea el **deber ser** de un sacerdote. Pone de relieve no acciones concretas, más bien actitudes para un estilo de vida que exige configurar la propia con la de Jesucristo. Todo un plan de misión que, al hacerse carne en los pastores, puede llegar a todos más eficazmente que muchas palabras.

En este sentido, los grupos de estudio han manifestado las siguientes inquietudes:

- ❖ La renovación misionera de la parroquia exige actitudes nuevas en los párrocos y en los sacerdotes que están al servicio de ella. La primera exigencia es que el párroco sea un auténtico discípulo de Jesucristo; porque sólo un sacerdote enamorado del Señor puede renovar una parroquia. Al mismo tiempo, ha de ser un ardoroso misionero, que vive el constante anhelo de buscar a los alejados y no se contenta con la simple administración de la porción que le fue asignada.
- ❖ Los sacerdotes deben ser menos los hombres del hacer y de la intervención directa, y más, los hombres de la comunión.



f- Dificultades eclesiales manifestadas

- ❖ Nuestras parroquias parecen “islas”: lugares donde se vive y actúa como si no existieran los demás. Esta apreciación apunta a rescatar la importancia de mantener el vínculo inter-parroquial, ya que todos somos miembros de la gran familia que es la Iglesia.
- ❖ La mayoría de las actividades pastorales que se planifican están destinadas a los bautizados que participan de grupos parroquiales y, en cierta medida, a quienes asisten a la Misa dominical. En numerosas ocasiones, las actividades no son el resultado de un proceso de discernimiento pastoral, sino más bien responden a criterios personales y temporarios, que no dan respuesta a las numerosas necesidades del hombre de hoy.
- ❖ Se constata un corrimiento de la función del sacerdote. Hoy encontramos sacerdotes arquitectos, abogados, directores académicos, apoderados legales, contadores, psicopedagogos, asistentes sociales; y en atención a estas funciones, muchas veces, se descuida lo propiamente ministerial y sacerdotal.
- ❖ Se observa falta de confianza, por parte de los pastores, en el apostolado de los laicos.
- ❖ La falsa concepción por parte de los laicos de que las tareas pastorales les corresponden, exclusivamente, a los sacerdotes.
- ❖ Muchos laicos que participan de la santa Misa dominical no sienten pertenencia a la Iglesia como consecuencia, protagonistas de la misión.
- ❖ En general, los laicos se muestran distantes o apáticos frente a las acciones pastorales. Hay en muchos de ellos un desconocimiento de lo que significa la ‘misión’ y del compromiso de vida que ella implica.
- ❖ La actitud misionera de la parroquia está ligada a la capacidad que esta tenga de proceder no por sí sola, sino articulando en su programación pastoral el camino indicado por las orientaciones pastorales de la diócesis. Como diócesis, falta este camino: el de integrar algunas orientaciones pastorales, para que las parroquias de nuestras comunidades tengan una tarea en común que compartir entre sí.
- ❖ Otra dificultad está dada por la ausencia de sacerdotes, aun cuando tienen residencia en una parroquia. En general, hay un reclamo de presencia sacerdotal, no sólo en la ciudad sino también, y con mucha fuerza, en las capillas del interior. Es difícil encontrarlos en la parroquia. Suele pasar también, que algunos sacerdotes se comprometen mucho con un grupo o movimiento y descuidan el resto. En los barrios,



no es común ver al sacerdote ‘mezclado entre las ovejas’ u ocupado de lo que a ellas le sucede. Acuden si son convocados por alguna causa en especial (enfermedad, ancianidad), pero no como algo voluntario o como una presencia que es cercanía familiar o el hacerse uno con el otro. Encontramos sacerdotes que amoldan el sacerdocio a su vida y no su vida al sacerdocio.

Estas apreciaciones, que nacen de un **ver** atento a la realidad parroquial, nos interpelan y mueven a revisar a conciencia nuestra vida personal y comunitaria, con miras a buscar posibles soluciones que reencaucen la acción misionera: *“El objetivo de estos procesos participativos no será principalmente la organización eclesial, sino el sueño misionero de llegar a todos”*¹⁰

El sínodo es un tiempo de gracia. Dios ha puesto su mirada especialmente en la arquidiócesis de Paraná y en esta mirada compasiva se hace posible redescubrir el llamado que Él hace a todos los bautizados, sin importar la vocación que tengan, a una profunda **conversión**. Conversión radical que dé lugar a una transformación basada en la Persona de Jesús y en sus enseñanzas para que, a través de laicos y pastores renovados, llegue a todos sin distinción.

Todos, como miembros de la Iglesia, estamos invitados a ser parte de este acontecimiento sinodal. En este sentido, podríamos preguntarnos: ¿tenemos derecho a desaprovechar este momento histórico diluyendo su importancia, minimizando el valor que posee? Es responsabilidad de todos asumir una postura crítica y de construcción. Asumir el protagonismo en una misión permanente que hable de lo que el Espíritu Santo suscita en cada comunidad; en la gran comunidad que es nuestra arquidiócesis.

¹⁰ FRANCISCO, Op. cit., 31



3- Comunidad de fieles

“Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador. Él corta los sarmientos que en mí no dan fruto; a los que dan fruto los poda para que den aún más. Ustedes ya están limpios por la palabra que les he anunciado. Permanezcan en mí como yo permanezco en ustedes. Así como el sarmiento no puede dar fruto por sí solo, si no permanece en la vid, tampoco ustedes, si no permanecen en mí.”(Jn 15, 1 -4)

Jesús fundó su Iglesia sobre la comunidad de los apóstoles que Él mismo había elegido. Poco a poco fue conformando y afianzando dicha comunidad, instándola a la unidad y dándole claras enseñanzas sobre la importancia de permanecer unida.

*“Es decir, la Iglesia fue pensada desde la eternidad por Dios, comunidad Trinitaria, como una comunidad. Y por tanto, estamos llamados a hacer realidad ese plan de Dios, permaneciendo unidos a Cristo y entre nosotros”.*¹¹ El Concilio Vaticano II puso especial énfasis en este aspecto. Y también el Catecismo de la Iglesia Católica nos ilumina sobre la hermosa realidad de la Comunión de los Santos. Es esa unión común la que permite el fluir del ‘inagotable manantial’ del Espíritu Santo en la Iglesia.¹²

En esa comunidad, Dios mismo no solo respeta nuestro ser único e irrepetible, sino que también regala las distintas vocaciones, carismas, ministerios y responsabilidades, todo puesto al servicio de la Iglesia y su misión evangelizadora. No hay antagonismos, hay complementariedad. La Iglesia nos llama a reconocer la riqueza de esa variedad, a descubrir y potenciar la importancia de cada servicio con humildad, con apertura de corazón, con docilidad al Espíritu y a quienes deben realizar el discernimiento y guiar.

Si bien en todo tiempo la Iglesia fue llamada a ser testimonio de unidad, parece aún más necesario en estos tiempos, en que vemos un mundo cada vez más fragmentado, una sociedad que muchas veces es ‘caldo de cultivo’ para el conflicto; una sociedad en la cual el enfrentamiento y la agresión están a la orden del día. No podemos pretender anunciar el amor de Dios, si no somos testimonio como Iglesia-comunidad (pastores y fieles) como lo fue en los orígenes el ‘ved cómo se aman’. Es apremiante la petición de Jesús en sus últimas horas antes de la Pasión: ‘Padre, que todos sean uno’.

*“Es la familia, ‘Iglesia Doméstica’, donde empezamos a fundar una auténtica comunidad. Y es en la Parroquia donde se hace más inmediata y visible la comunión eclesial”*¹³. Este Sínodo nos llama a reflexionar especialmente sobre esta realidad, dándonos una oportunidad maravillosa de redescubrirnos como comunidad evangelizadora, que se nutre y fortalece de los sacramentos, especialmente la Eucaristía, y se proyecta hacia el mundo como testimonio luminoso de unión y caridad, para atraer a otros al amor infinito de Dios Trinidad.

¹¹ JUAN PABLO II, Exhort. ap. postsinodal *Christifideles Laici* (30 diciembre de 1998), 18

¹² Cf *Ibíd.*,(1998), 19

¹³ *Ibíd.*,(1998), 26



a- Expectativas comunes

De los aportes de los distintos grupos se distinguen los siguientes puntos en común:

- ❖ Acercarnos más al hermano cristiano, sin prejuicios, sin miedos, tratarnos mejor, de manera más afectuosa, recibir a todos desde el corazón. Necesitar del hermano y que se sepa necesitado, útil; ya que si decimos amar a Dios, no nos podemos despreocupar del prójimo.
- ❖ Conocernos entre los miembros de la comunidad, estar atentos a lo que les pasa, comprometernos con la comunidad. Ser comunidad abierta, fraternal, solidaria, misionera.
- ❖ Volver a ofrecer la Buena Noticia a todos aquellos que, o no la conocen o la conocen mal. Recuperar la importancia del primer anuncio (kerygma).
- ❖ Utilizar más el verbo '**invitar**' y no el verbo '**imponer**', haciéndolo desde la pobreza y no desde el poder: en otras palabras, '**contagiar**'.
- ❖ Se plantea contagiar como Iglesia, el deseo de vivir en la gracia nuevamente y sacar así al hermano de la soledad a la que conduce la incredulidad.

b- Se visualizan algunos temores

- ❖ La falta de compromiso; nos cuesta abandonar nuestra comodidad.
- ❖ La búsqueda de nosotros mismos; nos cuesta 'corrernos' del centro.
- ❖ El encierro; la falta de disponibilidad para salir. Incluso dentro de la Iglesia sectorizamos en cada movimiento, asociación, grupo, etc.
- ❖ La falta de constancia o perseverancia en la vida de la fe, que se traduce en la ausencia de la fidelidad a los compromisos asumidos.
- ❖ La dificultad frecuente para el trabajo en equipo.

c- Interrogantes

De lo que hemos percibido, surgen algunas **preguntas** y **dudas**:



- ❖ ¿Cómo salir a anunciar, si no damos el testimonio de ser una comunidad de amor en nuestra propia parroquia?

- ❖ ¿Qué hacemos para ser 'más Iglesia', en el sentido de sentirnos miembros activos, partes de un cuerpo?

- ❖ ¿Cómo transmitimos nuestro entusiasmo de ser miembros, parte de la Iglesia?;
¿Nuestro testimonio atrae a otros?

- ❖ Debemos aprender a valorar y respetar los dones y carismas en nuestros hermanos, evitando celos y discordias. ¿Por qué no somos capaces de alegrarnos del don del hermano, para la Iglesia?



4- Miembros de la comunidad de fieles y su papel

“[...] así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros con diversas funciones, también todos nosotros formamos un solo Cuerpo en Cristo, y en lo que respecta a cada uno, somos miembros los unos de los otros”. (Rom 12,4-5)

La Santa Iglesia, está organizada y gobernada sobre una bella variedad. Todos los fieles cooperan a la edificación del Cuerpo de Cristo en cuanto a la dignidad y acción, según su propia condición y oficio. No hay, por consiguiente, en la Iglesia ninguna desigualdad por razón de la raza o nacionalidad, de la condición social o del sexo, porque no hay judío ni griego; no hay siervo o libre, no hay varón ni mujer. Pues todos vosotros sois “uno en Cristo Jesús”.¹⁴

Todos los fieles tenemos el deber y el derecho de trabajar para que el mensaje divino de salvación alcance más y más a los hombres de todo tiempo y del mundo entero. También de recibir, de nuestros Pastores, los bienes espirituales de la Iglesia, principalmente la Palabra de Dios y los Sacramentos y practicar la propia forma de vida espiritual, siempre que sea conforme con la doctrina de la Iglesia.

Todos tenemos necesidades y por eso acudimos a la fuente para saciar nuestra sed de gracias. En la celebración de los sacramentos recibimos numerosos bienes espirituales que plenifican la vida del cristiano. Es el Espíritu Santo quien va obrando en nuestro camino, aquí en la tierra. Como fuente inagotable de Vida en abundancia, el Espíritu actúa en nosotros toda vez que recibimos un Sacramento.

El Espíritu distribuye sus dones y, también, produce y estimula la caridad entre los fieles. Si un miembro sufre, sufren con él todos los demás miembros; si a un miembro lo honran, de ello se gozan, con él, todos los demás miembros.¹⁵ Renueva constantemente la Iglesia y la conduce a la perfecta unión con su Esposo.

La comunión eclesial es un gran don del Espíritu Santo que los laicos deben recibir con gratitud y, al mismo tiempo, con responsabilidad. A través de la participación en la vida y misión de la Iglesia, los laicos contribuyen con sus diversas y complementarias funciones y carismas. El fiel laico vive en continuo intercambio con los demás, en fraternidad, abocado a dar frutos del tesoro recibido.

El Espíritu le confiere múltiples carismas, recordándole que ‘todo aquello que lo distingue’ no significa ‘mayor dignidad’, sino ‘una especial y complementaria habilitación al servicio’. Así, los carismas, ministerios y servicios ‘se complementan en la comunión y para la comunión’¹⁶

Siendo múltiples y diversos los ministerios, también lo son los dones y tareas pastorales.

La misión salvífica de la Iglesia es inherente a todo bautizado. Los fieles laicos participan en el oficio sacerdotal, profético y real de Jesucristo, cada uno en su justa medida.

¹⁴ Cf *Gal* 3,28

¹⁵ Cf *1 Co* 12, 26

¹⁶ Cf JUAN PABLO II, Exhort. Ap. *Christifideles Laici*, 20.



Si bien los pastores pueden confiarles ciertas tareas a los laicos; éstas dependen, en su concreto ejercicio, de la dirección de la autoridad eclesiástica.

Los fieles laicos participan en la vida de la Iglesia, más allá de sus funciones y carismas, en múltiples tareas. En los Consejos Pastorales, la participación de los laicos contribuye a la colaboración y diálogo, al discernimiento y a la comunión.

Los laicos están destinados por Dios al apostolado. Tienen la obligación general y gozan del derecho de trabajar, tanto personal como asociadamente, para que el mensaje divino de salvación sea conocido y recibido por todos los hombres, en todo el mundo; obligación que les apremia todavía más en aquellas circunstancias en las que sólo a través de ellos pueden los hombres oír el Evangelio y conocer a Jesucristo. Tienen también el deber peculiar, cada uno según su propia condición, de impregnar y perfeccionar el orden temporal con el espíritu evangélico, y dar así testimonio de Cristo, especialmente en la realización de esas mismas cosas temporales y en el ejercicio de las tareas seculares.

La Parroquia será un lugar de 'refugio'; palabra con hermoso significado y múltiples connotaciones, que nos habla de una comunidad que acoge, acompaña, espera, comparte, ora en comunión.

“Los carismas, los ministerios y los servicios del fiel laico existen en la comunión y para la comunión. Son riquezas que se complementan entre sí a favor de todos, bajo la guía prudente de los Pastores”. ¹⁷ Los laicos están especialmente llamados a hacer presente y operante a la Iglesia, en aquellos lugares y circunstancias en que sólo la Iglesia puede llegar a ser sal de la tierra, a través de ellos. Así, todo laico, en virtud de los dones que le han sido otorgados, se convierte en testigo y, simultáneamente, en vivo instrumento de la misión de la Iglesia, en la medida del don de Cristo.

Dentro de la vocación laical, hay una especial misión y consagración en la vocación matrimonial a ser familia. Los esposos tienen el peculiar deber de trabajar en la edificación del pueblo de Dios, a través del matrimonio y de la familia. Los cónyuges deben ser testigos de la fe y del amor a Cristo, entre ellos y con sus hijos. La familia cristiana proclama en voz muy alta tanto las virtudes del reino de Dios como la esperanza de la vida bienaventurada; de tal modo, con su ejemplo y testimonio iluminan a quienes buscan la Verdad. Por haber transmitido la vida a sus hijos, tienen el deber y derecho de educarlos.

...“cuando dos personas se entregan mutuamente y juntas, dan vida a los hijos, también está afectado lo sagrado, el misterio del ser humano, que trasciende la propia autodeterminación. Sencillamente, yo no me pertenezco sólo a mí mismo. Cada persona alberga el misterio divino. Por eso la convivencia de hombre y mujer también se adentra en lo religioso, en lo sagrado, en la responsabilidad ante Dios. La responsabilidad ante Dios es necesaria, y esta hunde precisamente en el sacramento sus raíces más auténticas y profundas. La vida humana no es un experimento, ni un contrato de arrendamiento, sino la entrega del uno al otro. Y la entrega de una persona a otra sólo puede ser acorde con la naturaleza humana si el amor es total, sin reservas.” ¹⁸

¹⁷ *Ibíd.*, (1998), 22

¹⁸ RATZINGER, JOSEPH; *Dios y el mundo*, Sudamericana, 2005



Los laicos, que sean considerados idóneos, tienen capacidad de ser llamados por los Pastores para aquellos oficios eclesiales y encargos que pueden cumplir, según las prescripciones del derecho.

En el plan de salvación de Jesucristo, los Obispos, legítimos sucesores de los Apóstoles, en virtud del Espíritu Santo, ejercen junto al presbiterio, el cuidado pastoral sobre la diócesis, parte del Pueblo de Dios a él encomendada, de manera que unida a él, por el Espíritu Santo mediante el Evangelio y la Eucaristía, forman una Iglesia particular donde está presente y actúa la Iglesia Universal de Cristo, Una, Santa, Católica y Apostólica.

Son confiados al Obispo todos los fieles que habitan la diócesis, sin distinción, aún con los hermanos que no estén en comunión plena con la Iglesia católica, para que también ante ellos brille la caridad de Cristo, de quien el Obispo debe ser testigo ante los hombres. El Obispo diocesano defiende los derechos y obligaciones del presbiterio y procura, también, su honesta sustentación y asistencia social. Defiende la integridad y unidad de la fe, reconociendo la justa libertad de investigar más profundamente, la verdad.

El Obispo diocesano, ejemplo de santidad con su caridad, humildad y sencillez de vida procura, con todas sus fuerzas, promover la santidad de los fieles según la vocación propia de cada uno; además, por ser el dispensador principal de los misterios de Dios, cuida que los fieles que le están encomendados crezcan en la gracia por la celebración de los sacramentos, conozcan y vivan el misterio pascual.

La Santísima Eucaristía es el centro de la comunidad parroquial. En el Sagrario, volvemos a oír una y otra vez las palabras de Jesús “Yo estaré con ustedes hasta el fin del mundo”, y su Cuerpo y su Sangre son fuente de vida eterna para el mundo.

El ámbito natural donde vivimos nuestra comunión con la Iglesia es la parroquia, definida como una determinada comunidad de fieles constituida de modo estable en la Iglesia particular, cuya cura pastoral, bajo la autoridad del Obispo diocesano, se encomienda a un párroco como su pastor propio.

El párroco anuncia a todos la Palabra, da participación en la sagrada liturgia, conoce a los fieles y participa, particularmente, en las preocupaciones, angustias y dolores de los fieles, consolándoles en el Señor; señala la buena conducta y ayuda, con especial misericordia, a los más necesitados, fortaleciéndolos con la administración de los sacramentos.

El párroco se dedica, con particular diligencia a los pobres, a los afligidos, a quienes se encuentran solos, a los emigrantes o a quienes sufren especiales dificultades; y ayuda a los cónyuges y padres en el cumplimiento de sus propios deberes para que se fomente la vida cristiana en el seno de las familias.

El pastor que preside los consejos pastorales y económicos, regidos por las normas que establece el Obispo diocesano, regula en atención al bien común, el ejercicio de los derechos propios de los fieles.

Los fieles, por su parte, tienen el deber de ayudar a la Iglesia en sus necesidades, de modo que disponga de lo necesario para el culto divino, las obras de apostolado y de caridad y el conveniente sustento de los ministros. Tienen también el deber de promover la justicia social, así como ayudar a los pobres con sus propios bienes.



a- Diversas miradas ante la realidad parroquial

A veces, nuestras parroquias, son malinterpretadas; son vistas como una simple organización humana, con sus leyes, ritos, doctrinas y ministros. En el intento de enmendar este error, muchas veces, lo acentuamos, reproduciéndolo, porque estamos en una perspectiva que no es la de 'la gracia'. Redescubrir la gracia, nos ayuda a encontrar la actitud justa hacia la Iglesia-Parroquia.

Se dan dos modos fundamentales de presentar a la Iglesia y a toda la vida cristiana: uno, consiste en defender a la Iglesia-Parroquia, respondiendo a su vez a las acusaciones de sus adversarios; el otro, es el modo kerigmático, o de anuncio, que consiste en proclamar serenamente el Evangelio de la Gracia, seguros de que en éste hay una fuerza intrínseca que va más allá de nosotros y de ellos y que es capaz de descubrir al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas.

La presencia eclesial no debe ser fabricada sino descubierta, develada. Dios no se oculta a aquellos que lo buscan con un corazón sincero, aunque lo hagan a tientas, de manera imprecisa y difusa.

La vida cristiana puede iluminarse de dos maneras, al igual que existen dos maneras de iluminar una antigua basílica. Se la puede iluminar desde el exterior, enfocando sobre ella reflectores desde los mejores ángulos, como se hace hoy con ciertos monumentos históricos de la ciudad, o se la puede iluminar desde el interior, abriendo puertas y ventanas y dejando que salga la luz que tiene dentro. Ambas formas pueden ser útiles: en la primera, no se ilumina más que el elemento histórico y humano de la Iglesia; en la segunda, en cambio, se hace hincapié en su realidad íntima y divina, que es la gracia, es decir, su capacidad de perdón y su fuerza divina; y esto con sus propios medios que son el anuncio, la oración, el perdón, el amor y la dulzura. Éste es un modo que requiere fe, porque se necesita creer que en la Iglesia existe y actúa la gracia de Dios para poder contar más con ella que con las propias explicaciones.

María, ícono de la Gracia, indica la Presencia de Dios, en la forma más fuerte, física y espiritual, a la vez. María nos ayuda hoy a encontrar de nuevo la síntesis y la unidad de la fe. En Ella, la gracia indica tanto la plenitud del favor divino como la plenitud de la santidad personal; señala la misma presencia de Dios en la forma más fuerte que se pueda concebir.

Todo lo que hemos dicho nos hace comprender que la vida y misión de la Iglesia, en la vocación a la que uno esté llamado (laico, consagrado, ministro) no puede entenderse adecuadamente si no se sitúa en el contexto de la Iglesia "Misterio de Comunión": comunión con Cristo... *"Ya no vivo yo, vive en mí Cristo" (Gal 2,20)*; comunión con el ministerio apostólico: Jesús instituyó a los doce *"...para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar". (Mc 3,14)*.



5- Corresponsabilidad de los miembros de la comunidad en la renovación misionera de la parroquia

“A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entrelazada. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad. Por tanto, de manera singular, a ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que sin cesar se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y del Redentor.”¹⁹

a- Hacia el reencuentro con el Amor primero para ser Iglesia en salida

La Iglesia, expresión del amor trinitario, ha venido a ser el camino más conveniente para el hombre que busca a Dios con corazón sincero y recto; un camino pensado por el Creador de antemano para que el hombre no se salvara solo, sino en comunidad. En este sentido, la imagen de la Iglesia como una Madre que da cobijo a sus hijos, llama a todos los bautizados, cercanos y lejanos, a caminar en comunión; una comunión que debe ser reflejo de la unidad existente entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. *“La Iglesia es en Cristo como un sacramento, es decir, signo e instrumento de la íntima unión del hombre con Dios y de la unidad de todo el género humano”²⁰*

En consonancia con la fe recibida en el Bautismo, y en virtud de la vida de la gracia que hemos recibido gratuitamente, los cristianos somos invitados a reconocer y a vivir nuestra dignidad de hijos a través de los sacramentos y de la celebración de los santos misterios. La Iglesia, “sacramento universal de la salvación”, es el único canal por el que somos favorecidos con toda clase de bienes que comenzamos a gozar ya en el tiempo y que, por la infinita misericordia de Dios, nos ofrecen un prelude de la gloria futura que nos aguarda.

Nuestros pastores, a lo largo de la historia, recuerdan al Pueblo de Dios que, en el peregrinar hacia su destino definitivo, todos los bautizados son interpelados a responder con generosidad y responsabilidad al mandato del amor que Jesús, Cabeza y Pastor de esta familia, ha instituido como única hoja de ruta para la necesaria configuración con Él, Camino, Verdad y Vida.

¹⁹ CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, 31

²⁰ *Ibíd.*, 1



El amor de Cristo apremia al verdadero discípulo. En la Iglesia, instrumento de Cristo, el verdadero discípulo es llamado a responder generosamente a un amor primero que ha gustado íntimamente. El Esposo llama a la Iglesia, su Esposa, a ser signo y testimonio del amor trinitario en la realidad concreta de cada día, haciendo uso de los medios temporales y espirituales recibidos del Padre, por la acción del Espíritu; por eso, el mandamiento del amor entregado por Jesús en el Evangelio se hace carne sólo en el corazón que ha entendido el lenguaje de Dios y acepta, con jubilosa alegría, que su Voluntad es que todos sean uno y que ninguno se pierda.

El mandato de Jesús a amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado, debe instar a la constante vigilancia interior en cada miembro del Cuerpo, para que nunca se pierda de vista la realidad del prójimo que sufre material o espiritualmente; y por esto mismo, debe hacernos recordar que el mandamiento del amor es exigente y que, ininterrumpidamente, nos exhorta a ofrecer la propia vida en actos de caridad concretos que hagan visible ese amor evangélico. La vivencia de esta norma no puede menos que significar, para el cristiano, la entrega absoluta y sin reservas de cada una de sus potencias al servicio de todo un pueblo que camina hacia la santidad: *“El ser humano está hecho para el don, el cual manifiesta y desarrolla su dimensión trascendente”*.²¹

Considerando la ineludible importancia del amor como elemento unificador, la construcción y el sostenimiento de una comunidad pensada al margen de este mandamiento, entregado por Jesús en el Evangelio, es una ‘casa’ sin cimiento, elevada sobre la arena del egoísmo y la autosuficiencia e inmersa en los vaivenes de un mundo tormentoso, que no propone sino un estilo de vida apoyado en la mera satisfacción de deseos personales. Por otro lado, una comunidad eclesial cuyos miembros sólo se esfuercen por la realización de una acción meramente social, pero que haya perdido la capacidad de comunicar con ella la alegría del Evangelio, es una comunidad que camina hacia la ruina.

Quien ama, encuentra ya su cielo aquí en la tierra, asegura Santa Teresita. El cumplimiento del mandato del amor ha de ser un pregonar de la vida del cielo; vida a la que se sabe destinado todo hombre que se reconoce amado e invitado a abrazar la única vocación que ha de volverlo pleno e íntegro. El hombre que no vive el amor en el servicio al prójimo es piedra horadada y porosa, que no sirve a la construcción de una civilización capaz de comprometerse con los dolores y sufrimientos de su tiempo. Hoy la Iglesia necesita cristianos comprometidos con las realidades temporales, pero con una sencilla y confiada mirada siempre dirigida al cielo.

No podemos evitar reconocer que la sociedad actual experimenta y sufre las consecuencias de un estado de cosas que la disgrega y enajena. Hoy por hoy, son muchos los factores que contribuyen a enfrentarnos unos a otros tejiendo, paralelamente, la ilusoria creencia de que somos capaces de forjar grandes o pequeños éxitos sin la ayuda del otro. Esta triste pero cada vez más evidente realidad, también puede observarse en la pequeña iglesia particular, donde las transformaciones que se aprecian a nivel cultural pueden motivar a una sutil alimentación o culto de la imagen personal que, muchas veces, puede coadyuvar a una pérdida de la verdadera razón del apostolado, al olvidar la Fuente de la que se nutre: *“(…) El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí, nada pueden hacer”*. (Jn 15,5)

²¹ BENEDICTO XVI, Carta enc. *Caritas in veritate*, p.58



El amor debe ser el generador de nuestra acción, pero ese amor puede extinguirse gradualmente si no encuentra su diario alimento en Cristo, Fundador y Cabeza de la Iglesia, afectando la vida temporal y espiritual de todo el cuerpo. El bautizado puede comprender y abrazar el insustituible rol que ocupa en el crecimiento y sostén de su parroquia, pero la vida de comunión y de gracia que ha recibido no ha de poder ser sostenida si el motor de la acción pastoral ha dejado de ser la persona de Cristo. Él es el Amor y, por tanto, el motor que dinamiza a todo el universo. En este sentido, toda acción, por importante que sea, se vuelve estéril si no se nutre del Esposo, Fuente de Vida eterna y Señor de toda nuestra existencia.

Todos los bautizados, en nuestro ser de hijos y coherederos del Reino de los cielos, hemos sido llamados de forma personal, y como comunidad, a corresponder al plan salvífico del Padre, ofreciéndonos como piedras vivas para colaborar en la construcción de una sociedad más justa y pacífica. *“Al acercarse a él, la piedra viva, rechazada por los hombres, pero elegida y preciosa a los ojos de Dios, también ustedes, a la manera de piedras vivas, son edificados como una casa espiritual, para ejercer un sacerdocio santo y ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por Jesucristo”.* (1Ped 2, 4-5)

El reconocimiento de la identidad como miembros corresponsables en la edificación de esta gran familia, debe partir del reconocimiento de la acción redentora de Cristo en la vida personal de cada uno: hemos sido salvados a un alto precio, hemos sido amados hasta el extremo y en tanto discípulos, también estamos llamados a ser como el Amigo, poniendo la propia vida al servicio del hermano, dando así testimonio de una fe que no se agota en palabras sino que, a imagen de María, sabe estar en los detalles y responder con solicitud a las necesidades del prójimo más cercano.

Cada miembro del cuerpo místico de Cristo, ha de saber atesorar en su corazón la inefable experiencia del amor misericordioso vivido en el encuentro, en el tiempo, con Aquél capaz de hacer nuevas todas las cosas. La fuerza de este acontecimiento es capaz de transformar fecundamente la vida de todo hombre, iluminando las zonas oscuras del alma y revelándole la certeza de su dignidad como criatura amada y redimida por un amor superior; el amor redentor del Hijo, que supo obedecer el designio del Padre, amando hasta el extremo.

La experiencia del amor sin límites de Jesús, ofrece una nueva percepción de todo lo creado; ilumina y purifica todo el universo interior y mueve al nuevo discípulo, por la misma fuerza redentora del encuentro, a dar los pasos necesarios para que la transformación que ha comenzado a operarse en la intimidad del corazón pueda extenderse, también, en gestos y acciones concretos que busquen el bien de la comunidad.

La revolución interior que provoca el encuentro con la persona de Jesús, conlleva la fuerza para despertar el deseo de una vida nueva y auténtica que invierte, necesariamente, el orden de importancia que hasta entonces se habían otorgado a las cosas y a las personas. El hombre que acepta el mensaje de salvación en su vida no puede menos que reordenar todo en torno al Rostro del Hijo, quien da un nuevo sentido a todo lo que existe. La voz de Pastor ha de ser lo único que cuenta para el discípulo invitado a seguirle más de cerca; y esta Buena Noticia portadora para él de la verdadera felicidad, se convierte precisamente en aquella que es invitado a anunciar, como razón de su gozo: que Jesús, el Hijo de Dios, se hizo hombre, padeció, fue crucificado, murió y resucitó por toda la humanidad, y que por ese amor obediente estamos justificados y somos salvos.



El cristiano que se siente llamado a una conversión profunda, descubre también en este proceso vital la existencia en él de capacidades o potencias, hasta entonces desconocidas. El Espíritu lo visita con sus dones y le abre el entendimiento para develarle la vida de la gracia, que se le prodiga misteriosamente por medio de la vida sacramental y la celebración de la Eucaristía. Los bautizados debemos ser capaces de reconocer las gracias recibidas a lo largo de nuestra vida, y saber ponerlas oportunamente al servicio de cada comunidad en particular, para el bien de toda la Iglesia: *“Pongan al servicio de los demás los dones que han recibido, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios”*. (1 Pe 4,10)

Las palabras de Jesús, *“[...] que todos sean uno: como Tú, Padre, estás en mí y Yo en ti...”* (Jn 17,22), parecen hallar su cumplimiento en la imagen de la primera comunidad cristiana, que se nos detalla en Hechos de los Apóstoles. Todos los bautizados compartimos la gozosa responsabilidad de ser activos colaboradores en la edificación de la Iglesia, por medio de la diversidad de carismas, en tensión hacia la unidad. Sin embargo, la opción radical por el Reino no puede sostenerse sin la oración perseverante y confiada, como disposición inapelable, y el alimento de la Palabra y la Eucaristía. Solamente así, los cristianos hemos de ser testimonio coherente entre la alegría de la fe recibida como don y el gozo de una vida transformada en Cristo, para ser luz en las diversas situaciones que estamos llamados a vivir día a día: *“Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones [...] Todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común...”*. (Hch 2,42-44)

La corresponsabilidad de los miembros de la Iglesia se traduce en la **responsabilidad compartida** que tienen los hijos en el anuncio de la Buena Noticia; única verdad que devuelve al hombre la libertad arrebatada por el pecado, permitiéndole recobrar la conciencia de su dignidad. El cristiano cautivado por el Rostro del Hijo, desecha la concepción de una vida eclesial como el mero cumplimiento de un conjunto de mandamientos y preceptos; su identidad de hijo rescatado del poder de las tinieblas lo impulsa a querer trabajar incansablemente por la instauración del Reino, a través de la construcción de un mundo más humano y justo: la civilización del amor.

En la realización de esta empresa, la parroquia ha de asumirse como el hogar terrenal capaz de brindar con gratuidad los bienes espirituales indispensables para vivir la vida de la gracia; el hogar donde todo bautizado pueda acudir a buscar su alimento y saciar sus ansias de Dios, a través de la recepción de los sacramentos, del sustento de la Palabra y de la vida comunitaria: *“(...) el Papa nos invita a hacer de la Iglesia «casa y escuela de comunión». Por tanto, el gran desafío de nuestras diócesis consiste en abrir espacios de encuentro, reflexión y fiesta, en generar un ambiente cálido donde todos los bautizados puedan vivir los diversos carismas con verdadero y fecundo espíritu de caridad, de verdad y de unidad en la diversidad, en plena comunión con el obispo que preside”*.²²

El Espíritu Santo, dador y sostén de todos los dones y carismas en la vida de la Iglesia, opera en ella como el magistral director de una orquesta donde cada bautizado es un instrumento que ha recibido su propia secuencia de notas, a la cual debe ajustarse con docilidad y prudencia, sin querer sobresalir, para interpretar con acierto la melodía del Creador, quien todo lo dispone para el bien de sus creaturas: *“(...) el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que sondea los corazones conoce el deseo del Espíritu y sabe que su intercesión en favor de los santos está de*

²² CEA, *Navega mar adentro*, (2003), 83



acuerdo con la voluntad divina". (Rm 8, 26-27) Él es el Espíritu inteligente, dócil, puro, manso que forma y modela el Cuerpo para que esté en comunión con la Cabeza, que es Cristo.

La Iglesia, entonces, es esta realidad celestial y terrenal que está llamada a ser imagen de la vida divina y no un espacio donde los fieles se reúnan con el mero fin de dar lugar a un encuentro de características sociales, o limitarse a proyectar acciones pastorales hacia adentro. El Espíritu de Dios, corazón de la Iglesia, no cesa de animar a cada comunidad a abrir las puertas, como en Pentecostés; a salir del propio encierro, barriendo todo temor y desidia, para volverla protagonista del cambio cuando se perciben estructuras caducas o estériles. Él es quien la estimula a restaurar y a reedificar la casa desde una caridad auténtica y concreta, con el fin de reunir a todos los hombres en un solo rebaño cuyo rasgo identitario sea el amor que se tienen unos a otros: *"La acción del hombre sobre la tierra, cuando está inspirada y sustentada por la caridad, contribuye a la edificación de esa ciudad de Dios universal hacia la cual avanza la historia de la familia humana"*.²³

En este devenir de la Iglesia a lo largo de los siglos, no es desconocida su tarea en el ejercicio de la caridad evangélica. Ese amor paciente, servicial, compasivo y solícito que se esfuerza por expresar, es el amor de una Madre que, a imagen de María, Madre de Dios y de todos los hombres, está atenta a las necesidades de sus hijos: sabe atender a los enfermos, los presos, las viudas, los pobres, los desesperados, los agonizantes, los vacíos de Dios que soportan el peso agobiante de un mundo que les borra el horizonte de una vida futura y gozosa; un mundo que no les ofrece más que el absurdo de vivir en la mediocridad, sin ideales, para nada ni para nadie. Los miembros del Cuerpo de Cristo, bautizados por el agua y el Espíritu, debemos aunar esfuerzos para que nuestra casa sea casa de oración y servicio a quien sufre las múltiples carencias de una sociedad injusta; sólo de esta manera la Iglesia es luz para todos los hombres y su caridad es completa.

En un contexto globalizado, arreciado por los conflictos y la búsqueda encarnizada por el poder, la pobreza más dramática del hombre de hoy quizá no esté configurada por la carencia de las necesidades básicas, sino por la ausencia de Dios en su vida y la progresiva erección de sí mismo como autor y centro de su propia existencia. Una vida vivida así, sin Cristo, es la antesala del sinsentido, porque todo fue hecho por Él y para Él; y como dijera un santo que buscó incansablemente la verdad, *nuestro corazón estará siempre inquieto hasta que no descanse en Él*.

b- Una misión gozosamente compartida

*"Todos los miembros de la comunidad parroquial son responsables de la evangelización de los hombres y mujeres en cada ambiente"*²⁴

A la luz de los aportes realizados por los grupos de estudio se concluye que, en la tarea evangelizadora, todo bautizado que tiene pertenencia plena a la Iglesia, es decir, que participa activamente de la vida eclesial, tiene el derecho y el deber de colaborar en la misión encomendada por Jesús a sus discípulos, asumiendo responsablemente las tareas propias de toda comunidad

²³ BENEDICTO XVI, Carta enc., *Caritas in veritate*, p.11

²⁴ CELAM, Documento de Aparecida



cristiana en torno a la vivencia concreta de la fe, por medio de los sacramentos, la oración constante y el alimento de la Palabra. La misión de la Iglesia es la misión de cada bautizado, que reconoce el llamado del Pastor a comunicar un mensaje de salvación, que conlleva la novedad de transformar la vida: *“Siendo ‘convocación’ de todos los hombres a la salvación, la Iglesia es, por su misma naturaleza, misionera enviada por Cristo a todas las naciones para hacer de ellas discípulos suyos”*.²⁵

La Iglesia de Cristo tiende a la unidad pero se caracteriza por la diversidad; su riqueza radica en la constatación de que, si bien todos sus miembros gozan de una misma dignidad, cada uno es diferente del otro y cada uno posee dones o carismas diversos, que el Espíritu concede generosamente, para que todos estemos estrechamente unidos en una red de relaciones que refuercen el sentido de fraternidad. Todos, sin excepción, somos piedra necesaria en la edificación del cuerpo de Cristo.

En este sentido, resulta aconsejable que en toda comunidad parroquial se proponga la creación de diversas instituciones, que nucleen a aquellos fieles dispuestos a colaborar con solicitud en la atención de las diferentes necesidades de la comunidad. No debe olvidarse que cada grupo creado dentro de la parroquia tiene una determinada función, sin embargo su principal objetivo siempre ha de ser un fin apostólico; ningún grupo goza de mayor o menor estima dentro de la parroquia, porque todos trabajan para el bienestar de todos. La corresponsabilidad de sus miembros, o responsabilidad compartida, solamente ha de poder vivirse en plenitud si cada grupo parroquial colabora en la consecución del proyecto pastoral, en un clima de fraternidad y comunión.

En el abordaje de la corresponsabilidad como cuestión inherente al ser de los bautizados, se hace necesario destacar que las contribuciones o aportes que cada miembro de la Iglesia, consagrado o laico, haga a la misión eclesial siempre deben ser llevadas a cabo en íntima comunión con el obispo, representante de Cristo en la Iglesia que peregrina en la tierra. En este sentido, toda acción pastoral ha de ser propuesta respetando la estructura jerárquica, en sintonía con el querer del Pastor que vela por el bien del Pueblo de Dios, a la manera de la perfecta obediencia de Jesús al Padre.

Con miras a evitar todo hecho o situación contrarios a la caridad, cimiento de la Iglesia, el bautizado, en tanto hijo de Dios y templo del Espíritu, no deberá olvidar que está en permanente estado de conversión. Los dones recibidos y los ministerios o tareas que emprenda han de ser instrumentalizados para bien de todo el Cuerpo y no para crecimiento o superación personal. En otras palabras, el protagonismo de cada cristiano en la misión eclesial no está orientado al culto y exaltación de su propia persona, a través de sus facultades, sino a la edificación del templo espiritual por medio del trabajo conjunto y mancomunado de todos los fieles. En consecuencia, la actitud del creyente comprometido ha de ser siempre de constante vigilancia, hacia adentro y hacia afuera, buscando en toda circunstancia una recta intención en cada obra que realice, para gloria de Dios y santificación de todos los hombres.

Tampoco han de concebirse en la Iglesia fundada por Cristo, escenarios parroquiales donde sacerdotes y laicos no compartan las responsabilidades pastorales. La relación entre el párroco y los fieles siempre debe ser renovada y alimentada por una actitud de diálogo y escucha, a la luz de la Palabra y la oración comunitaria, y en permanente tensión hacia el servicio mutuo. Por otro lado, los

²⁵ CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, 4.



sacerdotes han de ser agentes atentos a los frutos de conversión que dé lugar la acción del Espíritu en los miembros de la comunidad, para invitarlos a poner al servicio de toda la comunidad los nuevos carismas y así acrecentar, oportunamente, los bienes espirituales de la Iglesia.

La propuesta de una Iglesia “en salida”, permite traer a la memoria que la misión evangelizadora no se circunscribe dentro de los perímetros de la propia comunidad, que por otro lado siempre es importante evangelizar. La responsabilidad compartida en la misión de comunicar el Evangelio, debe extenderse hacia afuera del ámbito parroquial, de manera que el mensaje de salvación pueda ser escuchado, percibido o al menos intuido también por aquellos que no creen, a través del testimonio de vida de un cristiano que ama no sólo con palabras sino también con obras; en pocas palabras, un cristiano realmente configurado con Cristo.

Una comunidad donde los fieles asumen, cada uno, su propia responsabilidad en la renovación misionera, hacia dentro y fuera de la iglesia particular, es una comunidad que ha madurado su vocación a la santidad y que, desde su libertad, ha aprendido a discernir la Voluntad del Padre que la interpela a responder con eficacia, y sin demora, a los desafíos que impone un nuevo estado de cosas cuya intencionalidad es esclavizar al hombre.

El cristiano que ha decidido seguir a Cristo, sin mirar hacia atrás y con paso firme, ha de revestirse de la fortaleza necesaria para iluminar aquellos espacios donde se oscurece la verdad y donde se propone al hombre, agobiado por estructuras denigrantes, un programa de vida donde la libertad es concebida como un simple devenir en el tiempo, exento de compromisos.

El miembro que asume su responsabilidad en la misión de anunciar el Evangelio ha de suplicar, consciente de su debilidad, ser revestido de los mismos sentimientos y actitudes de Cristo, quien no tuvo dónde recostar la cabeza y permaneció fiel a la Voluntad del Padre, hasta la cruz. Cristo invita a todos a formar un solo rebaño, por eso no puede hablarse de seguimiento sin compromiso con la misión universal de la Iglesia. En este sentido, la corresponsabilidad en la Iglesia ha de ser el estilo de vida del discípulo que ha alcanzado cierta maduración en la vida de la fe, gracias a un Amor que sana, renueva y también sostiene en los momentos de crisis y de prueba.

En el tratamiento de este aspecto fundamental de la vida eclesial, como lo es la corresponsabilidad, no podemos dejar de hacer referencia al papel ineludible de la Madre de Dios, tanto en el plan de salvación como en los comienzos de la Iglesia. En esta gozosa misión compartida, la persona de María viene a iluminar la vida del hombre, invitándolo a abajarse, a reconocerse creatura y a dejar que actúe en su debilidad la fuerza del Espíritu, que ahuyenta todo temor y reaviva los corazones.

María es la Esposa silenciosa que aguarda en oración la promesa del Espíritu. Su presencia en el Cenáculo es roca firme que fundamenta, junto con Cristo y los Apóstoles, a la Iglesia naciente y prefigura su constante y poderosa intercesión a lo largo de la historia, en favor de toda la humanidad.

c- Expectativas comunes

A la luz de los aportes realizados por los diferentes grupos de estudio, se ha podido entrever lo que se aguarda del Sínodo. Los aspectos comunes que se destacan son:



- ❖ La necesidad de un reconocimiento responsable, a la luz de la Palabra, de nuestra identidad de hijos de Dios y miembros de la Iglesia, con derechos y deberes para con nuestros hermanos, tanto para los cercanos como para aquellos que se han alejado por diversas circunstancias. Todos los bautizados somos corresponsables unos de los otros, en orden a la caridad que nos manda Cristo.
- ❖ El incentivo de los miembros de la Iglesia a ejercer su corresponsabilidad en los diferentes ambientes en los cuales participe, con miras a llevar el Reino a todos los rincones de su realidad cotidiana. El desafío de todo hombre y toda mujer, que conoce la razón de su esperanza, ha de ser en este tiempo de gracia 'plantar la Iglesia' en cada lugar de reunión, en cada ambiente, con la certeza de que no existe ser humano que no busque la felicidad, y también con la seguridad de que esa felicidad sólo reside en Cristo y que la salvación que nos trajo es para todos, no para unos pocos.
- ❖ La necesaria creación de espacios de diálogo sincero entre el párroco y los fieles de la comunidad, promoviendo el trabajo conjunto con las diversas instituciones parroquiales (consejo pastoral, consejo económico, y otros grupos eclesiales). Si bien, se pide que el párroco muestre una mayor confianza hacia el apostolado laical, también se hace imperativo recordar a los laicos que el sacerdote es quien detenta el gobierno pastoral de cada parroquia particular y lo concerniente a su misión. Por lo tanto, un apostolado al margen de la obediencia cristiana debida al sacerdote, representante de Cristo, atenta contra la unidad del cuerpo y fomenta la confusión en los fieles.
- ❖ El cultivo de un espíritu de acogida, comprensión y misericordia para con el hermano en la fe que se ha alejado y que manifiesta intención de volver a la casa del Padre, evitando juicios estériles, respetando sus propios tiempos y ayudándolo a caminar paso a paso de la mano de la oración perseverante, de la lectura de la Palabra y de la celebración de los sacramentos.
- ❖ La certeza de que todos somos, también, corresponsables de la formación de los miembros de la Iglesia; y de que la fe que recibimos en el Bautismo, debe ser sostenida y profundizada a través del estudio responsable del Catecismo y los documentos de la Iglesia. Los bautizados debemos ser conscientes de que no podemos amar lo que no conocemos; desde esta perspectiva, la lectura y el estudio de nuestra fe ofrece herramientas poderosas para poder hacer frente a ideologías y doctrinas nocivas, que pueden confundir fácilmente al hombre de hoy.
- ❖ La urgencia en el anuncio del Evangelio de una manera novedosa y atractiva, con la actitud del cristiano gozoso que se reconoce rescatado y justificado, predicando a un Jesús que, con la misma fuerza que hace dos mil años, también hoy busca a las ovejas perdidas para sanarlas y devolverles la verdadera vida. La alegría debe ser el distintivo



del creyente de nuestros tiempos, a la manera de la alegría de los primeros cristianos, dando razón de nuestra fe con un renovado impulso y sin temor.

- ❖ La necesidad de una Iglesia que, ante todo, se esfuerce por alcanzar la unidad de todos sus miembros, evitando ahogar o suprimir la infinidad de dones y carismas que el Espíritu suscita en cada iglesia particular. La Iglesia, en este sentido, ha de instar a cada bautizado a poner sus dones al servicio de toda la comunidad, animado por un espíritu de concordia y fraternidad.
- ❖ El estímulo de los miembros de la comunidad a hacer posible la vivencia del mandamiento del amor, a través de acciones pastorales concretas en bien de hombres y mujeres con necesidades espirituales y materiales, con la firme convicción de que es a Cristo a quien vestimos, a quien dimos de comer, a quien escuchamos y ofrecemos una palabra de aliento, a quien consolamos con la cercanía de un abrazo fraterno.
- ❖ La necesidad de descentralizar la parroquia, promoviendo la formación de comunidades eclesiales de base, que sean capaces de llevar el Evangelio a aquellos lugares donde el sacerdote no puede llegar. Estos espacios son un signo de la vitalidad de la Iglesia que busca que todos se busquen las cosas del cielo; pero su apostolado siempre ha de estar cimentado en una sincera comunión con el párroco y con el Magisterio de la Iglesia.
- ❖ La disposición generosa de los laicos para responder prontamente al llamado que los pastores hagan en orden a cada actividad pastoral, desterrando la crítica destructiva y sirviendo con corazón dócil y desinteresado.
- ❖ El incentivo en la utilización de los medios de comunicación (radio, televisión y redes sociales) con un fin apostólico y misionero para que el mensaje de salvación pueda llegar a los hogares de manera masiva.

d- Dificultades o sombras

- ❖ La constatación de que, en algunas comunidades, el cambio de párroco implica una reestructuración o, en ocasiones, hasta de un abandono de las tareas que hasta entonces se venían implementando, pudiendo generar confusión y malestar en los fieles, que han puesto todas sus potencias al servicio de un determinado plan pastoral. El sacerdote que asume la conducción de una parroquia, debe respetar la idiosincrasia de cada comunidad en particular, que reza y sirve desde su propia experiencia en el camino de la fe, aunque instándola con suavidad a realizar los cambios que considera más convenientes para su parroquia.



- ❖ El reconocimiento de que, en numerosas ocasiones, la tarea apostólica no da frutos debido a la falta de coherencia entre la fe que se profesa y las acciones, palabras, gestos u omisiones que no pueden sostenerla, tanto a nivel individual como comunitario.
- ❖ La falta de compromiso que se observa especialmente en muchos jóvenes, en quienes la Palabra no llega a provocar un cambio de vida, y cuyo apostolado se ve ahogado por las preocupaciones y las exigencias de la vida laboral o universitaria.
- ❖ Se constata la falta de interés en el estudio y profundización de las verdades de fe.

e- Aciertos o luces

- ❖ La certeza de que el Espíritu sostiene a la Iglesia y que, por medio de este sínodo, la anima a salir de sus comodidades, impulsándola a hacerse presente en los diferentes ambientes y situaciones cotidianas con la astucia de quien sabe poner todas sus facultades para la instauración del Reino.
- ❖ La comprobación de que la riqueza del Pueblo de Dios se hace patente en numerosas instituciones eclesiales, que han surgido por acción del Espíritu para hacer presente al amor trinitario en aquellos sectores de la sociedad donde se sufren múltiples necesidades espirituales y materiales.
- ❖ El desconocimiento de la riqueza de la liturgia, que impide vivirla plenamente como un pregozar de la vida del cielo.
- ❖ La propuesta de misiones barriales que algunas parroquias llevan a cabo en nuestra diócesis responde concretamente a la urgente necesidad de ser “una iglesia en salida”.

f- Interrogantes

- ❖ ¿Cómo incentivar a los jóvenes a asumir compromisos sólidos con la misión que Cristo les confía?
- ❖ ¿Cómo responder concretamente al flagelo de la droga en nuestra diócesis?
- ❖ ¿De qué manera recuperar la vivencia de la fe en familia?



6- Conclusión

En esta tarea de elaboración del Documento de trabajo hemos querido expresar, lo más fielmente posible, las inquietudes y perspectivas de los distintos trabajos presentados. Además, humildemente, hemos realizado una elaboración propia inspirándonos en el Magisterio de la Iglesia para favorecer e iluminar el trabajo de esta Asamblea Sinodal. Pedimos a Dios y a Ustedes sepan disculpar las falencias y límites de nuestra tarea, con la conciencia de no ser más que “vasijas de barro, en manos del Alfarero”²⁶

María, la Mujer del Gozo y del Dolor, la Madre dada por Jesús a la humanidad al pie de la cruz, ha de ser nuestra alegría en los momentos de consuelo y roca firme cuando arrecien los vientos del mundo que busquen quitarnos la paz. Que a imagen de su perfecta humildad y obediencia, sepamos ponernos a sus pies para que sea Ella quien conduzca este proceso sinodal que la Iglesia local nos encomienda, para gloria de Dios y santificación del mundo.

María es la mujer del silencio, del servicio, de la entrega sin reservas. Que Ella disponga nuestro corazón para la escucha atenta, para ser verdaderos discípulos, para que el Espíritu no encuentre en nosotros más que humildes instrumentos en las manos del Padre

***“Madre del Rosario, únenos a Ti en la tierra
y llévanos contigo al Cielo”.***

Comisión de trabajo:

Pbro. Cristian Mario Torres

Silvina Galliussi

María Etelvina Martínez

Luis María Acosta

Mónica Hortensia Laporta

Grisel Soledad Varini

²⁶ Cf., Jer 18,1ss.